

## La revolución portuguesa (1974-1975)

*Lubuna Carvalho*

La singularidad del periodo revolucionario portugués queda patente en uno de sus muchos episodios anecdóticos. Las maniobras *Locked Gate* de la OTAN a finales de enero de 1975 frente a las costas de Lisboa se habían planeado desde principios de 1974, justo antes de la revolución del 25 de abril, pero paulatinamente se consideraban más como una flagrante provocación contra el proceso revolucionario en curso. El USS Saratoga estacionado en el río Tajo y el permiso de tierra de sus soldados preocupaban a todo el mundo. El embajador estadounidense Frank Carlucci, recién llegado de ayudar a organizar el asesinato de Lumumba en el Congo y el golpe militar en Brasil, trató de tranquilizar al gobierno y a los medios de comunicación diciendo que los ejercicios se habían planeado con mucha antelación y que se atenían principalmente a la guerra submarina, y por lo tanto tenían poco que ver con la reciente agitación política del país, pero los cables diplomáticos también muestran su preocupación por la presencia de personal de la marina estadounidense en una ciudad que era casi una comuna revolucionaria sin ley. El Partido Comunista Portugués (PCP) se hizo eco de sus preocupaciones. La presencia de la OTAN era una clara provocación y, por lo tanto, todo el mundo debía abstenerse de protestar, no fuera a ser que cualquier conflicto se utilizara como excusa para la represión. La tensión estaba a flor de piel: apenas unos días antes, en Oporto, una enorme multitud había asediado el congreso de un partido de derechas de reciente creación, quemando sus coches y enfrentándose a la policía durante casi doce horas. El gobierno militar encargado de la transición democrática hizo caso a ambos llamamientos: se prohibieron las manifestaciones mientras duraran los ejercicios y los permisos.

Una asamblea de comités autónomos de fábricas y empresas, *Inter-empresas*<sup>1</sup>, recientemente constituida, decidió protestar de todos modos, desafiando la prohibición. Unas diez mil personas, en su mayoría trabajadores industriales y militantes de izquierda, subieron por la Avenida da Liberdade gritando consignas contra la OTAN y a favor de los derechos de los trabajadores, y marcharon hasta el bloqueo militar. Contra todo pronóstico, la protesta decidió traspasar las barreras y el ejército los dejó pasar a todos. La marcha siguió hasta el Ministerio de Trabajo, donde

---

<sup>1</sup> Gracias a Amani Khalifa, Saphe Shamoun y otros por inspirar algunas de estas preguntas y ponernos en contacto con algunos de los organizadores. Para más información sobre *Inter-empresas*, véase: *Abaixo a Exploração Capitalista! Comissões de trabalhadores e luta operária na revolução portuguesa (1974-1975)*. Tigre de Papel. 2022.

fue acorralada por los soldados. Sin embargo, los soldados dieron la espalda a los manifestantes y se unieron a ellos en algunos de los cánticos. Ahora formaban parte de la protesta<sup>2</sup>. Esto no fue más que un anticipo de lo que se avecinaba en los meses siguientes: la complicidad entre partes importantes del ejército y la espontaneidad proletaria significaba que todo estaba en juego.

Todo esto fue descrito vívidamente por Eduardo Pires, uno de los organizadores de la manifestación, en una presentación reciente, en una serie de charlas sobre la revolución organizadas por el colectivo VIVA O PREC<sup>3</sup>. El ciclo revolucionario duró desde el 25 de abril de 1974 hasta el 25 de noviembre de 1975, pero el periodo conocido como "proceso revolucionario en curso", *Processo Revolucionário em Curso* (PREC), se refiere generalmente a su parte posterior, a partir de marzo de 1975, cuando el poder estatal estaba tan fragmentado que una guerra civil parecía inminente. El turno de preguntas y respuestas de la sesión fue bastante revelador. Las preguntas de un público más joven, politizado en una época de protestas masivas y movimientos sociales, se referían a las tareas políticas aparentemente obvias que suceden a un acontecimiento de este tipo: ¿habían pensado los manifestantes en algún tipo de táctica defensiva u ofensiva en caso de que los soldados se negaran a dejar pasar la marcha? ¿Qué tipo de contactos intentaron establecer con los soldados? ¿Cómo discutieron las *inter-empresas* los pasos a seguir?

Las respuestas fueron desarmantemente sinceras. No había ningún plan para ese día, ni para el día siguiente: sólo un "a ver qué pasa". Una asamblea autónoma de trabajadores industriales acababa de convocar con éxito una manifestación masiva que desafiaba abiertamente una prohibición estatal y conseguía el apoyo de los militares, pero simplemente volvieron al trabajo al día siguiente. En su mayoría eran bastante jóvenes, algunos no llegaban a los veinte años, salidos de una dictadura, con escasos conocimientos políticos u organizativos. Algunos grupos de izquierda habían desarrollado estructuras clandestinas impresionantes, pero su experiencia consistía en la organización clandestina y la resistencia, no en la dinámica y temporalidad impredecibles de las protestas callejeras y los movimientos de masas.

---

<sup>2</sup> El episodio aparece en el apasionado relato de Phil Mailer sobre la revolución, *Portugal: the impossible revolution?*, que sigue siendo uno de los mejores documentos de la época en cualquier idioma. João César Monteiro dirigió un documental experimental al respecto: <https://www.youtube.com/watch?v=8ZQHtbyW9RA>

<sup>3</sup> <https://www.youtube.com/watch?v=mHCLUhSBbKU>

Este efecto general de desconcierto ante la intensidad de los acontecimientos aflora una y otra vez a través de las anécdotas del periodo, como la retratada en *Torrebelá* (1975)<sup>4</sup>, de Thomas Harlan, un documental sobre la ocupación rural de una gran finca abandonada tras la huida de sus propietarios. Los campesinos juegan a disfrazarse con las costosas ropas de los amos, imitando su fantasía y petulancia, en una deliciosa e infantil expresión de alegría revolucionaria. La revolución fue una alineación aparentemente imposible de movimientos populares de masas con partes del ejército en el contexto de un colapso del poder estatal. Sin embargo, pareció transcurrir tan rápido que quedó poco tiempo para cualquier intriga o politiquero revolucionario. Y, sin embargo, en ningún otro lugar los movimientos revolucionarios del periodo estuvieron tan cerca de la revolución propiamente dicha. Como dijo el cineasta Robert Kramer, "durante unos meses, Portugal fue el país más libre del mundo"<sup>5</sup>.

Aunque a menudo se entiende como un golpe militar extrañamente democrático, emprendido por oficiales de rango medio hartos de la guerra colonial, la destitución real del régimen autoritario de 48 años sólo se produjo cuando una masiva presencia callejera lo convirtió en una revolución. Esto demuestra que la Revolución de los Claveles formó parte de un ciclo global de luchas que abarcó los años sesenta y setenta, y no fue sólo una aventura del ejército. Su composición política, su repertorio y su terminología estaban en consonancia con los movimientos sociales contemporáneos de la época, aunque el país tuviera rasgos muy específicos: un régimen colonialista e insular en un continente liberal. Tan moderno como atávico al mismo tiempo.

Aun así, el epílogo de la revolución difiere enormemente de sus homólogas. En la mayoría de las situaciones, una vez derrotados, los movimientos del periodo se hipostasiaron en tendencias políticas, culturales y teóricas que trataban de comprender lo que había estado en juego en tales rupturas. Los movimientos italianos de la postautonomía, la ultraizquierda francesa, el autonomismo alemán, el anarquismo insurreccional griego, etc., intentaron recrear y reflexionar -con diferentes fuerzas y límites- sobre los aspectos antagónicos de aquel periodo.

En Portugal, por el contrario, no hubo autonomistas posrevolucionarios ni ultraizquierda con los que hablar. Los cientos de episodios de revuelta popular salvaje simplemente no dejaron ningún

---

<sup>4</sup> [https://www.youtube.com/watch?v=\\_5CclUmWd5k](https://www.youtube.com/watch?v=_5CclUmWd5k)

<sup>5</sup> El documental de Kramer sobre la revolución portuguesa es un documento digno, aunque muy parcial. Véase: <https://www.youtube.com/watch?v=2AVG01pSTRA>

legado organizativo común y fueron en su mayoría purgados de cualquier memoria política colectiva. Al mismo tiempo, nunca surgió un intento conceptual consistente de entender lo que había sucedido en sus propios términos. Nunca hubo *PREC-ismo*. La emergencia de fuerzas subjetivas capaces de convertir un golpe en revolución, el período de excepcionalidad radical y la temporalidad mesiánica de la agitación popular nunca fueron objeto de un esfuerzo conceptual - simplemente fueron considerados como un intervalo desmesurado en la accidentada sucesión de las estructuras de poder o, alternativamente, como anécdotas residuales saturadas de la vulgar jerga ideológica del período. Este texto recoge algunas breves notas y reflexiones sobre estas excepciones.

...

A partir de los años sesenta, las luchas de liberación nacional en las colonias portuguesas comenzaron a socavar el consenso metropolitano en torno a las políticas del régimen y a aislar cada vez más al país en la escena diplomática internacional. No se conseguía hacer frente a dichos levantamientos en las colonias y el servicio militar obligatorio y la opresión política terminaron volviéndose muy impopulares entre la sociedad civil lusa. El imaginario político de las clases medias emergentes, con aspiraciones modernas y cosmopolitas en consonancia con el resto de Europa, se vio agitado tanto por el tercermundismo anticolonial como por las revoluciones culturales que tenían lugar más allá de los Pirineos. Al mismo tiempo, desde los años cincuenta se había producido un importante éxodo rural hacia el cinturón industrial de Lisboa. Este nuevo proletariado industrial urbano procedía en su mayoría del Alentejo, una amplia y poco poblada región al sur del río Tajo, cuyos latifundios habían sido históricamente escenario de encarnizadas luchas y bandolerismo social.

La muerte de Salazar en 1968 hizo albergar grandes esperanzas de que su sucesor, Marcelo Caetano, aplicara las esperadas y prometidas reformas democráticas. Se produjo una "Primavera marcelista", pero duró poco y no produjo los cambios prometidos. La frustración por el fracaso de la transición hizo mella en el régimen. Las crecientes fisuras en el partido gobernante crearon un "ala liberal", partidaria del cambio de régimen y de la independencia colonial, pero la disidencia obrera también alcanzó su punto álgido, con más de 300 huelgas entre 1968 y 1973.

Los militares descontentos de rango medio que tomaron el poder al amanecer del 25 de abril pretendían poner fin a las guerras coloniales y destituir a Marcelo Caetano, pero no tenían un objetivo político cohesionado que implicara plenamente las independencias coloniales o un completo trastorno del régimen. La PIDE/DGS, la despiadada policía política, era algo consciente de la posibilidad de un golpe y lo consideraba una forma de endurecer el régimen, dispuesto a jurar lealtad a sus nuevos amos.

La negativa de la población a acatar las órdenes de permanecer en casa mientras se desarrollaban las operaciones militares lo cambió todo. Decenas de miles de personas inundaron las calles de Lisboa, en su mayoría celebrando la caída del régimen y vitoreando a los soldados, ofreciéndoles los célebres claveles, convirtiendo el tenso enfrentamiento en una efusiva fiesta. La multitud rodeó el cuartel donde se había refugiado Caetano y la oficina de la DGS en el centro de la ciudad, quemando sus coches y rompiendo algunas ventanas. La DGS disparó desde los pisos superiores matando a cinco personas e hiriendo a unas cincuenta. Esto obligó a los militares a actualizar sus objetivos inmediatos e intervenir, sitiando efectivamente el edificio, forzando a los agentes fuertemente armados que se encontraban dentro a rendirse finalmente. En los días siguientes se organizaron improvisadas "cacerías de la PIDE" por toda la ciudad<sup>6</sup>. El asedio de la PIDE y la DGS suele considerarse la acción espontánea que obligó a los militares a convertir el golpe en una revolución. La DGS tuvo que abandonar su neutralidad ante el golpe y, por lo tanto, los militares se vieron obligados a actuar contra ella, aunque no estuviera en sus planes inmediatos<sup>7</sup>. El plan para un traspaso sencillo y sin problemas de los aparatos estatales impolutos a un nuevo poder se desmoronó antes incluso de empezar. El apoyo popular al golpe del capitán había sido uno de los principales elementos imprevisibles de su plan, pero había desbordado tanto las expectativas que se vieron obligados a actualizar sus planes. Aunque movidos por intereses corporativos, una vez que el poder estuvo en sus manos, los oficiales creyeron que había llegado el momento de la ruptura política, no sólo de una reforma del régimen.

El poder fue transferido al *Movimento das Forças Armadas* (MFA), una junta militar dirigida por un presidente recién nombrado, António Spínola, un respetado general conservador que había

---

<sup>6</sup> El famoso cantante de fado Artur Gonçálves se anotó un éxito masivo con su canción: <https://www.youtube.com/watch?v=CPTaesSgmqs>

<sup>7</sup> Algunos consideraban que un ataque de la PIDE paralizaría las fuerzas necesarias en otros lugares. Otros pensaban que la policía política podría seguir teniendo un papel en el nuevo régimen.

sido marginado por el régimen tras proponer el fin de la guerra y la creación de una mancomunidad lusófona. Sin embargo, en los meses siguientes se produjo una formidable oleada de huelgas, ocupaciones y protestas que fomentaron una tensión cada vez mayor entre la revolución que se desarrollaba en las calles y los intentos de Spínola de frenar las iniciativas populares. Esto obligó al Consejo de Estado del MFA a desafiar al gabinete de Spínola, eligiendo a Vasco Gonçalves<sup>8</sup> para sustituir a su primer ministro y a Otelio Saraiva de Carvalho<sup>9</sup> para dirigir el COPCON (*Comando Operacional do Continente*), un mando militar de reciente creación encargado de defender la revolución y garantizar la transición democrática.

Spínola reaccionó a finales de septiembre de 1974 llamando a la "mayoría silenciosa" a tomar las calles de Lisboa y exigir el fin del "caos". Temiendo un contragolpe, toda la izquierda (incluido el Partido Socialista) y el COPCON bloquearon las principales entradas a la capital, impidiendo de hecho la protesta. Spínola dimitió, suscitando algunas preocupaciones internacionales: ¿el resultado de la revolución sería una democracia liberal occidental o un experimento socialista en el corazón de la OTAN?

El nombramiento de Frank Carlucci como nuevo embajador estadounidense replanteó la cuestión: ¿Puede Estados Unidos controlar la revolución a través de un agente legítimo o le conviene un Pinochet portugués? Se establecieron conexiones con Mário Soares, el carismático líder del Partido Socialista, visto como la única figura capaz de llevar a cabo una transición suave y evitar la pesadilla geopolítica de una Cuba europea<sup>10</sup>. El alineamiento de Soares con la OTAN y Estados Unidos significó el comienzo de una transformación en el campo de juego de la revolución: ya no eran los revolucionarios contra los fascistas, sino los socialdemócratas contra los comunistas y la extrema izquierda.

---

<sup>8</sup> Vasco Gonçalves había estado cerca del partido comunista incluso antes del golpe. A lo largo de todo el proceso revolucionario fue considerado la punta de lanza gubernamental del PCP.

<sup>9</sup> Otelio planificó y dirigió las operaciones militares del Golpe. A medida que avanzaba la revolución se iría escorando cada vez más a la izquierda, llegando a sobrepasar al partido comunista. El PCP intentó seducirlo y organizó un viaje a Cuba, donde Otelio conoció a los hermanos Castro y quedó fascinado por la experiencia socialista del país, pero el plan fracasó cuando Otelio regresó pensando que podía ser el Castro portugués. Hablaría con cariño del viaje durante décadas, lamentando a menudo que el caimán de peluche que Fidel le regaló se hubiera disuelto tras dejarlo a la intemperie bajo la lluvia.

<sup>10</sup> Kissinger y Carlucci tenían opiniones diferentes sobre Portugal. Kissinger pensaba que era necesaria una invasión desde España, Carlucci consideraba que la izquierda moderada podía servir de paraguas para un amplio frente anticomunista capaz de establecer una democracia liberal.

Cada vez más aisladas, algunas unidades dispersas que seguían fieles a Spínola intentaron un contragolpe el 11 de marzo de 1975. Spínola huyó a España y después a Brasil. Su crisis fue una oportunidad para radicalizar aún más todo el proceso. El primer ministro Vasco Gonçalves, asegurado por el COPCON de Otelo, presionado por la expansión de los comités locales y de fábrica recién formados, ordenó la nacionalización de la mayor parte del sistema bancario y de seguros portugués, junto con más de 1.300 empresas, incluidos los periódicos propiedad de los bancos, argumentando que el poder financiero estaba financiando a la extrema derecha revanchista y saboteando la economía<sup>11</sup>.

Las controvertidas nacionalizaciones convirtieron la espontaneidad revolucionaria popular en curso en un asunto institucional, abriendo el periodo que se conoció como PREC, el *Proceso Revolucionario en Curso*. El poder político y militar estaba en manos de las fuerzas revolucionarias, por muy fragmentadas ideológicamente que estuvieran entre el partido comunista y la extrema izquierda. El PREC se desarrolló a lo largo de una sucesión de episodios cada vez más intensos de apropiación proletaria. El monopolio estatal de la violencia se hizo añicos. Cientos de empresas y fábricas cayeron bajo control obrero. En el sur, un tercio de toda la tierra cultivable fue ocupada y autogestionada. Se ocuparon barrios enteros, otros se construyeron desde cero con ayuda estatal. Algunos de los periódicos privados que quedaban fueron asumidos por comités de trabajadores. Las manifestaciones diarias lo exigían todo. El consulado y la embajada de España fueron saqueados por cientos de manifestantes después de que Franco ejecutara a cinco militantes antifascistas. La gente *okupaba*, tomaba y se apropiaba de cuanto podía. Cuando la policía trataba de amenazar a la gente, el COPCON amenazaba a la policía.

Un complicado puzzle de fuerzas se movió en el campo de juego a lo largo de la primavera y el verano de 1975. La extrema izquierda era un confuso conjunto de pequeños partidos, unos más grandes que otros, con una relativa proximidad al COPCON, dentro del cual también se estaban formando pequeñas asambleas clandestinas de soldados. El Partido Socialista, "el único partido de la ciudad" según Kissinger, intentaba frenar las travesuras más salvajes del PREC y recuperar lentamente la idea de una mayoría silenciosa democrática ante la inminente amenaza de "sovietización" de Portugal, convirtiéndose de hecho en el frente de una amplia coalición de

---

<sup>11</sup> Ricardo Noronha ha escrito una profunda historia de la nacionalización que sirve de excelente manual sobre todo el período: <https://run.unl.pt/bitstream/10362/6855/1/ricardo.pdf>

intereses anticomunistas. El partido comunista tenía una base de apoyo muy amplia y oscilaba entre el ímpetu revolucionario, el sentido común institucional y la fidelidad geopolítica. Más allá de este campo institucional formal o informal había cientos de comités de fábrica, de empresa y locales, que luchaban por su autonomía frente a la extrema izquierda y los intentos del PCP de controlarlos.

Las elecciones del 25 de abril de 1975 para una nueva asamblea constituyente revelaron un PCP más débil de lo que sugería su popularidad en la calle. El Partido Socialista obtuvo el 37% de los votos y los socialdemócratas (centro-derecha), el 26%<sup>12</sup>. Esto minó la legitimidad de Gonçalves y aumentó las tensiones en el seno del MFA, que para entonces empezaba a dividirse entre sus facciones moderada, comunista y de extrema izquierda. La mayoría de los partidos consideraban que el gobierno de transición dirigido por Gonçalves no traducía fielmente la voluntad popular, por lo que se negaron a formar ningún tipo de gabinete, aislándolo de hecho. En el norte conservador, las oficinas locales del PCP fueron saqueadas, bombardeadas e incendiadas. Gonçalves abandonó el gobierno a finales de agosto, y la tensión llegó a un punto de ebullición unas semanas más tarde, cuando los trabajadores de la construcción en huelga decidieron sitiar el parlamento. Decenas de miles de personas resistieron. Durante dos días, los diputados de la asamblea constituyente fueron secuestrados dentro del palacio gubernamental, y el PCP medió entre los diputados y los trabajadores. La leyenda dice que sólo se permitía salir del palacio de gobierno a los que tenían las manos callosas. La "Comuna de Lisboa" parecía estar a un suspiro, pero también la guerra civil. Un nuevo Pinochet y/o Castro acechaba detrás de cada esquina. En Madrid, Franco y Kissinger discutían si invadir y dónde bombardear primero.

Sin embargo, la extrema izquierda era incapaz de alentar a la comuna. En los días siguientes al asedio, los rumores de un golpe comunista en curso llevaron a una rápida acción contra la izquierda militar el 25 de noviembre de 1975. El COPCON fue extinguido sin mucha resistencia. Otelo, el aspirante a Castro, la única persona capaz de reaccionar, no aparecía por ninguna parte. Algunas personas se reunieron frente al cuartel exigiendo armas, dispuestas a defender la revolución, pero no llegó ninguna respuesta consistente. El PCP asistió impasible al desarrollo de los acontecimientos,

---

<sup>12</sup> Una anécdota reveladora de la intensidad política del periodo es cómo incluso los partidos de derechas se vieron obligados, de alguna manera, a fingir sus credenciales izquierdistas. El partido histórico de la derecha posrevolucionaria portuguesa ha sido siempre el Partido Socialdemócrata.



aunque algunos de sus militantes se mantuvieron al margen, a la espera del empujón final. Miles de personas esperaron la llamada a las armas, pero nunca llegó. La tensión política se desvaneció en los años siguientes, pero la revolución había terminado, no con un estallido, sino con un gemido.

...

Esta descripción histórica abreviada sugiere que el derrocamiento de un régimen paralizado había abierto un vacío de poder. Fuerzas opuestas lucharon por el control de los fragmentos del Estado, arriesgándose a su desintegración. La victoria fue para el bando capaz de hacer lo correcto en el momento adecuado. Dentro de esta perspectiva general, la izquierda era de hecho una candidata probable para un triunfo revolucionario de corta duración. Tenía las armas y los números. Lo que no tenía, según el sentido común izquierdista, era alguien o algo capaz de decidir cuándo y cómo actuar. Pero este decisionismo revolucionario oculta el hecho de que, por muy extendida y sincera que fuera, la revolución en curso seguía siendo un asunto tembloroso.

Abundan las especulaciones sobre las vacilaciones del PCP ante el momento revolucionario y su alineamiento con las directrices de Moscú. Como era de esperar, se había mantenido a cierta distancia de la actividad revolucionaria más radical y espontánea, no sólo por la desconfianza ideológica hacia esa espontaneidad, sino también porque su legalización e institucionalización -en ese momento, lejos de estar asegurada- podría ser un objetivo político más sólido que cualquier aventura insurreccional dirigida por un Oteló poco fiable.

Muchos consideraron que tales vacilaciones significaban que el "poder popular", como se llamaba entonces a las ocupaciones rurales e industriales, quedaba huérfano. Sin una vanguardia política, esa espontaneidad de la base nunca llegaría a cuajar en una situación prerrevolucionaria clásica de "doble poder". La inconsistencia de Oteló y la frialdad del PCP habían sido la sentencia de muerte de la revolución. La expresión "poder popular" fue probablemente tomada prestada del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) de Chile y su lema "Luchar, crear poder popular". En todo el Chile anterior a Pinochet, una impresionante red de distribución comunal de productos básicos había desafiado el control monopolista de los precios. Aunque el COPCON intervino esporádicamente en las disputas de precios, y las ocupaciones rurales e industriales intentaron

desarrollar una producción autogestionada, nunca fueron capaces de establecer las redes de cooperación e intercambio que constituirían propiamente un "nuevo tipo de experiencia socialista".

Es más, ese "poder popular" sólo fue un poder porque se desplegó bajo la mano protectora del COPCON. Su espontaneidad y carisma populares determinaron la transformación de un golpe militar en una revolución, y su inteligencia concreta superó a la de cualquier cuadro burocrático, pero las ocupaciones sólo podían mantenerse en pie si el COPCON las respaldaba. Este disfraz protector significó que el "poder popular" nunca se enfrentó realmente a sus propios límites. Nunca se planteó la cuestión de la violencia, de la organización, de la composición, de sus contradicciones internas, de la diferencia entre la legitimidad moral buscada por el nombre que se había elegido y las cuestiones políticas reales a las que se debían enfrentar<sup>13</sup>.

Esta ambigüedad se expone en el "documento de la alianza Pueblo/MFA"<sup>14</sup>, redactado por los militares y la extrema izquierda como respuesta a las facciones moderadas del MFA, un borrador programático de los pasos revolucionarios subsiguientes hacia una nueva experiencia socialista. En él, los militares asumen la agencia principal en el fomento de la constitución de asambleas y comités populares locales, con niveles crecientes de representación revocable hasta una asamblea popular nacional. Su sinceridad ingenua es algo entrañable, pero también retrata de forma bastante explícita los límites del PREC: los militares se sustituyen claramente al desarrollo inherente de la situación revolucionaria. No lo hace a través de la fuerza, sino a través de una comprensión extremadamente paternalista del proceso, común a toda la izquierda. El elemento "popular" del clavel no es el mismo que el "pueblo" eurocomunista criticado por Tronti y otros. Más bien, eran vistos como la esencia espiritual plebeya de la revolución, su legitimación mítica, una fuerza de divina simplicidad e impoluta moralidad, en extrema necesidad de materialización terrenal. Su poder es un poder moral, una llamada ética, a la que todos deben responder. La izquierda militar, la extrema izquierda y el PCP respondieron a esta llamada, en lo que realmente parecía el gesto correcto, pero al hacerlo

---

<sup>13</sup> Una cuestión que merecería un artículo aparte sería por qué nunca se formó en Portugal un movimiento feminista capaz de desafiar la estructura machista de la extrema izquierda. Hubo, por supuesto, innumerables y ricas expresiones feministas de "poder popular", pero nunca alcanzaron una intensidad capaz de desafiar las formas políticas imperantes. El hecho de que el "poder popular" estuviera tan entrelazado con un ejército socialmente aislado y exclusivamente masculino seguramente desempeñó un papel en este proceso.

<sup>14</sup> <https://www.marxists.org/portugues/tematica/livros/textos/vol02/15.htm>

impidieron que cualquier espontaneidad se fusionara en un movimiento autorreflexivo. El "poder popular" nunca podría existir realmente por sí mismo, sólo a través de alguna fuerza exterior<sup>15</sup>.

Cuando el contragolpe de noviembre reveló que ni el "poder popular" ni los muchos candidatos a su materialización tenían tanto poder real, y que no había ningún "poder dual" floreciendo en su seno, el "poder popular" comenzó su proceso de mitificación nostálgica. Se erigiría para siempre como un núcleo de pureza revolucionaria que sería eternamente llorado mientras el capital arrasaba con cada uno de sus recuerdos.

Quizás los diecinueve meses de salvaje apropiación proletaria de la revolución portuguesa se describirían mejor como las acciones de un "partido invisible". La sociología de Romano Alquati sobre las luchas obreras industriales de posguerra en el norte de Italia fue testigo de cómo la convivencia proletaria informal fomentó una conciencia política más amplia, profunda y feroz que la de las instituciones oficiales de los trabajadores. El éxodo rural y la nueva organización de la metrópoli habían producido un partido invisible, una red informal pero extremadamente ágil de complicidad política y táctica. Los puntos fuertes y los defectos del PREC se vuelven más claros cuando se leen, precisamente, como las acciones de una agencia insurreccional que determina y es determinada por los acontecimientos en curso. La transferencia de una clase plebeya rural y revoltosa a la periferia industrial había creado las fuerzas subjetivas que, con el tiempo, reunirían la presencia callejera de masas necesaria para empujar las aspiraciones políticas desatadas en el golpe hacia reivindicaciones cada vez más radicales. El partido invisible del PREC obligó a los agentes institucionales a actuar en un sentido u otro. Una inteligencia común situada vio en el vacío político una oportunidad y aprovechó lo que pudo. Se desarrolló y organizó en función del desarrollo de una situación de excepción política extremadamente compleja y volátil. El partido invisible no era la expresión de ninguna autenticidad popular, más bien tenía la astucia cínica de los oprimidos de larga data: toma todo lo que puedas mientras puedas tan rápido como puedas.

Sin embargo, la comparación italiana plantea una pregunta: ¿por qué este partido invisible no pudo superar la vieja problemática del "poder dual" y popular y del partido de vanguardia? Para

---

<sup>15</sup> Sin embargo, este problema es común a muchas de las conceptualizaciones de la espontaneidad proletaria de la época. El "poder popular" era una versión más simple y burda de una "autovalorización" proletaria de Negri, una sustancia que se aferraba a una fuerza material exterior contra el tic-tac del decisionismo leninista.

decirlo en otros términos, ¿por qué este partido invisible no consiguió producir sus propias formas de organización y sus propias categorías conceptuales?

Dos respuestas parecen obvias, pero sólo resuelven parcialmente la cuestión. La primera es que el "poder popular" fue sabotado por las mezquinas disputas sobre cómo debía ser dirigido<sup>16</sup>. La fijación ideológica en la creación de un verdadero partido de vanguardia llevó a cientos de militantes a docenas de microburocracias autorreferenciales, todas ellas luchando contra el Partido "comunista", cuya capacidad para sofocar la acción espontánea era demasiado real. Las tareas necesarias para la intensificación de la ruptura revolucionaria se descuidaron en nombre de una estéril competición entre siglas relativamente indistintas en su vulgar leninismo. Esta competición inundó y saturó la mayoría de los comités de fábrica y de barrio, vaciándolos rápidamente de toda participación no encuadrada.

La segunda era que las cinco décadas de censura y represión del régimen habían desempeñado obviamente un papel decisivo en la formación de las fuerzas políticas que dirigían la revolución en curso. La censura no sólo pretendía impedir la circulación de la información, sino sobre todo impedir la aparición de una esfera pública autónoma. A diferencia de los autonomistas y ultraizquierdistas franceses o italianos, cuya ruptura con las ricas experiencias de las organizaciones de masas había absorbido, sin embargo, un sentido de participación pública, la militancia prerrevolucionaria portuguesa no disponía de instrumentos para el debate común, el análisis teórico prolongado o la discusión fructífera, ni de ninguna inteligencia colectiva sobre el desarrollo de los movimientos de masas.

Pero aunque los comités de fábrica y de barrio estaban saturados de cuadros burocráticos, y la educación política que se recibía en una organización clandestina periférica era sustancialmente diferente de la que se recibía en una organización de masas, estas explicaciones tienen sus propios problemas evidentes. No explican por qué miles de personas que se habían sublevado simplemente decidieron aceptar la llamada al orden y abrazar la representación institucional. Así que quizás el verdadero problema que emerge de la experiencia de la revolución de los claveles no es por qué no

---

<sup>16</sup> Aunque el PCP fue indudablemente fundamental en la represión de innumerables experimentos, también fue incapaz de controlar muchos otros. Si las luchas autónomas fueron sabotadas por el PCP, fue por su debilidad y no sólo por la fuerza del partido.

asumió formas ideológicamente presupuestas -ya fuera el comité o la comuna, el partido invisible o el visible, etc.- sino más bien por qué no tuvo que asumirlas.

Si efectivamente existe una autonomía y una inteligencia de clase que puede explotar una situación de ruptura política, también hay que tener en cuenta esta inteligencia cuando decide no hacerlo. La inteligencia proletaria no sólo se revela en sus victorias. Frente a una guerra civil que opondría un ejército fracturado y milicias obrero-campesinas a la OTAN, ¿cuál sería la opción más racional? ¿Llamar a la "Comuna de Lisboa" y precipitarse hacia una supresión a la chilena que anularía todas las conquistas sustanciales realizadas tras la caída del régimen? ¿Confiar en el izquierdismo imbuido de los diversos grupos leninistas? Al parecer, sólo quedaba una solución: aceptar un compromiso en el que esta autonomía obrera se subsumiera en el nuevo Estado democrático y liberal, a través de una izquierda institucional, adquiriendo ganancias materiales y políticas limitadas pero concretas, convirtiendo la excepción política de la revolución portuguesa en la excepción histórica de la izquierda portuguesa, que, hasta hace poco, tenía posiblemente la representación más fuerte de Europa, si no de todas las democracias liberales. Portugal no tenía ningún medio autónomo o de ultraizquierda porque, sencillamente, no necesitaba ningún residuo revolucionario que sazonara a la izquierda.

Esto cerró y selló la experiencia insurreccional de la revolución, sin dejar ningún hilo abierto. El "poder popular" era estupendo, pero un Estado del bienestar fuerte era aún mejor. A diferencia de lo que ocurrió en otros lugares, una vez acabado el partido no hubo repliegue en centros sociales o grupos de lectura o medios radicales de uno u otro tipo. Los movimientos autónomos y extraparlamentarios fueron residuales durante las décadas siguientes. La experiencia revolucionaria portuguesa se había aventurado mucho más lejos que todas las demás, había estado al borde de la guerra civil y se había retirado. Una vez huérfano, el "poder popular" se convirtió en mero forraje nostálgico.

Pero esto sólo explica parcialmente por qué el proceso revolucionario quedó tan subsumido en una nostalgia estéril. También aquí encontramos otra excepción. La complicidad informal entre el trabajo industrial y el intelectual, sobre todo dentro de la cultura y la educación, fue un elemento común de las luchas de los años 60 y 70. La expansión del sector servicios, la educación de masas y la explosión de la industria del entretenimiento significaron la proletarianización de las clases profesionales y culturales que, hasta entonces, tenían un estatus social relativamente alto. Este

agotamiento económico y espiritual de la *intelligentsia* en la posguerra produjo los revolucionarios que Weber afirmó en su día que surgían de clases al borde de la extinción y los decadentes que Nietzsche señaló en su día que eran las únicas personas capaces de realizar un trabajo intelectual serio. Parte de esta *intelligentsia* maldita encontró un punto de fuga de este colapso civilizatorio en las nuevas expresiones de rechazo proletario<sup>17</sup>. La inteligencia insurreccional de esta ruda raza pagana era la única pieza del tablero capaz de superar la hecatombe llamada capitalismo.

El contexto portugués vuelve a ser particular. Hasta la revolución, no existía una verdadera esfera pública en la que las emergentes clases medias cosmopolitas y progresistas pudieran expresarse y afirmarse. La esencia espiritual del régimen era fundamentalmente chovinista, conservadora y anti-intelectual. La proletarianización del trabajo intelectual no tuvo lugar: más bien fue promovida, no degradada, por el nuevo régimen. Había que crear un sujeto moderno, liberal y democrático. La expansión de los servicios sociales y el desarrollo de una industria de la información y el entretenimiento absorbieron los deseos de una nueva y naciente *intelligentsia*, cualquiera que fuera su origen de clase.

Esta nueva intelectualidad asumió como papel histórico la educación de los brutos de Portugal. El aislamiento periférico del país se reificó en la figura de las masas atrasadas y analfabetas que necesitaban imperiosamente una ilustración democrática. La idea de que una inteligencia proletaria y no elitista hubiera actuado durante la revolución no sólo parecía impensable, sino también desagradable. La nueva *intelligentsia* de clase media amaba la revolución, incluso el "poder popular", siempre y cuando la experiencia se mantuviera dentro de una nostalgia burda y caricaturesca, siempre y cuando pudiera alimentar tal elemento "popular" hasta la madurez liberal. Abril sólo podía ser recordado como la asamblea constituyente democráticamente elegida, no como los obreros de la construcción asediándola. No surgió ningún *PREC-ismo* porque la tarea intelectual posrevolucionaria en cuestión era la legitimación e institucionalización de un nuevo régimen, produciendo una cultura estatal profundamente idiosincrásica y estéril, totalmente subordinada al poder.

...

---

<sup>17</sup> Como afirma Tronti en [Noi, Operaisti](#), el comunismo fue la última oportunidad de la Ilustración.

Y así, todos vivieron felices para siempre. El proletariado urbano y rural abandonó sus tentaciones insurreccionales y consiguió un partido de masas y la izquierda más fuerte de Europa. Nunca serían ricos, pero estarían mucho mejor que antes, con dinero y tiempo para disfrutar del ritmo de vida pausado, las playas soleadas, las sardinas asadas y los buenos vinos por los que el país se haría famoso décadas después.

Las clases medias suspiraron aliviadas. Sus hijos tendrían mejores trabajos. Serían europeos. Los moderados podrían disfrutar por fin del simulacro de una sociedad civil. La izquierda podría hacer su desfile anual de cosplay del PREC en el aniversario de la revolución y la derecha podría mantener su poder político y económico si abandonaba sus tentaciones totalitarias.

Aun así, hay quien dice que si uno camina solo por las calles del centro de Lisboa al amanecer, cuando el rocío invernal se encuentra con el sol de principios de primavera, todavía puede oír a veces un rugido tenue y fantasmal, el poder plebeyo no cantado de los últimos revolucionarios del siglo XX, el espectro ululante de la revolución imposible.